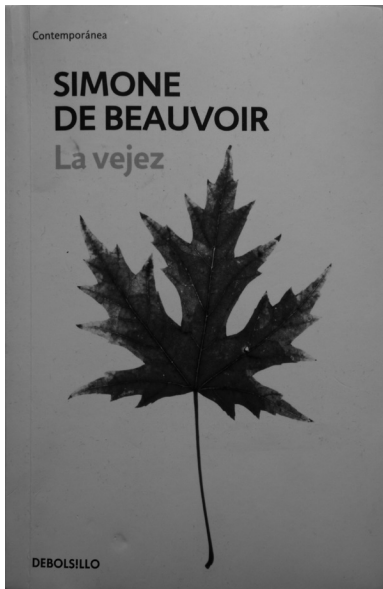


La vejez
Simone de Beauvoir
Traducción de Aurora Bernárdez
Debolsillo, 2013

María Eugenia Navarro Ruiz



Mientras buscaba comprender su propio proceso de envejecimiento, y seguramente también con un fin político, Simone de Beauvoir escribió *La vejez*, obra publicada en 1970. Con este ensayo quiso romper el silencio de la sociedad en torno a la vejez, y denunciar la marginación a la que han sido sometidos los ancianos en el sistema capitalista.

Para ello dividió su trabajo en dos partes. En la primera se propuso describir al hombre viejo desde su exterioridad, es decir, como objeto de un saber, así como descubrir qué hay de ineluctable en la condición del viejo y en qué medida la sociedad es responsable de ello. De Beauvoir recurrió a diversas fuentes del conocimiento como la biología, la antropología, la historia, la iconografía, la literatura, y a datos estadísticos y trabajos especializados, con el fin de llevar a cabo

un extenso y riguroso análisis de la condición de las personas mayores, tanto en las llamadas «comunidades primitivas» como en las sociedades históricas —es decir, a partir de la antigüedad y hasta mediados del siglo XX.

En la segunda parte, la filósofa francesa reflexionó sobre la manera en que los cambios propios del envejecimiento afectan a las personas. Se preguntó: «¿En qué se convierte en la vejez la relación del individuo con su cuerpo y su imagen; su relación con el tiempo, la historia, la praxis, su relación con los demás y con el mundo?» (p. 350). Es decir, aquí aborda la vejez a través de quienes la experimentan, y para ello recurre a los testimonios de grandes personajes; hombres representativos de la literatura, la ciencia, la pintura y la política, «personas privilegiadas —explica Beauvoir— [...], casi las únicas que han tenido los medios y el tiempo necesario para testimoniar sobre sí mismas» (p. 349). A pesar de esto, de la lectura queda el sinsabor de no encontrar voces de mujeres.

La vejez es un libro que expone de manera descarnada esa mirada negativa y fatalista que tenemos en Occidente sobre la vejez, fruto de un orden social en el que se niega la validez de la existencia de aquello que no es inmediatamente útil.

El tiempo que el hombre considera como suyo es aquel en que concibe y ejecuta sus empresas; llega un momento en que por las diversas razones que se han visto, aquellas se han cerrado detrás de él. La época pertenece a los hombres más jóvenes que en ella se realizan con sus actividades, que la animan con sus proyectos. Improductivo, ineficaz, el hombre de edad aparece ante sí mismo como un sobreviviente. (p. 538)

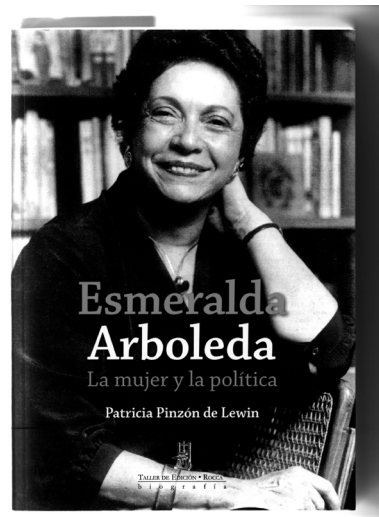
Cuando el ordenamiento productivo cae en la órbita de la acumulación, todos los recursos humanos y no humanos se dirigen a la productividad; se ata la vida, el tiempo y el espacio a la generación de dinero. Tiempo que siempre tiene una finalidad, unos procedimientos para lograrla y una periodización establecida desde un tiempo universal. El único sentido de ese tiempo es la actividad, como operador o dinamizador del capital, y a partir de ahí se ubica lo humano: el hábil/el torpe, el rápido/el lento, el eficaz/el ineficaz. No en vano en nuestra sociedad «viejo» y «jubilado» son equivalentes, y el cese de las actividades laborales se asocia con la inutilidad, la obsolescencia.

El ensayo de Simone de Beauvoir es una llamada a comprender y a tomar conciencia sobre la estigmatización cultural de los ancianos. Romper con el estigma requiere de la comprensión y la construcción de «lo posible». Hoy, cuarenta y cinco años después de su publicación, *La vejez* cobra más vigencia que nunca, pues la nuestra es una época en la que poco a poco se relativiza el mundo de la certeza, la física avanza imparable, las telecomunicaciones y la biología hacen difusas las fronteras entre mente/cuerpo, hombre/mujer, animal/humano, organismo/maquina, público/privado, naturaleza/cultura, por lo que se desdibuja lo que antes se consideraba opuesto, generando nuevas posibilidades que superan lo imaginable, incluso en relación con el tiempo y la distancia.

En este panorama de incertidumbres, ¿podremos pensar en la vejez más allá de la lógica de la producción, no como la degradación y el fin, que transcurre en un tiempo lineal, sino como una parte integrada del ciclo continuo de la vida, en la que siempre se nace y se muere?

Esmeralda Arboleda, la mujer y la política
 Patricia Pinzón de Lewin
 Taller de Edición Rocca
 Bogotá, 2014

La pionera excepcional de una lucha inacabada
 Claudia López



La foto de la página 145 de libro *Esmeralda Arboleda, la mujer y la política* (inspiradora biografía escrita por Patricia Pinzón de Lewin sobre una de las colombianas más importantes de la Historia ni siquiera es nítida) no es nítida. En la foto, a la derecha, aparece la protagonista de este maravilloso libro, editado por el Taller Rocca y lanzado en la pasada Feria del Libro de Bogotá. A la izquierda de la foto, Josefina Valencia, otra de las líderes del movimiento sufragista de mediados del siglo pasado y en el centro, Mariano Ospina Pérez, quien firma un ejemplar del Acto legislativo 3 expedido por la Asamblea Nacional Constituyente. La sombría imagen corresponde al 25 de agosto de 1954 y es uno de los pocos vestigios de un hecho histórico: la consagración del voto universal en Colombia.

Hace apenas 60 años, las colombianas no tenían derecho al voto. Ya éramos más de la mitad de la población pero teníamos prohibido salir del país, administrar nuestros bienes o criar los hijos sin la tutela de un hombre.

Difícilmente nuestras predecesoras podrían haber estudiado de no ser por el camino que abrió Arboleda -con el irrestricto apoyo y motivación de su madre, la antioqueña, doña Rosita Cada-vid de Arboleda- cuando se convirtió en una de las primeras en acceder a una educación formal, graduarse de bachiller y ejercer como abogada.

A los 33 años, Esmeralda ya había despuntado en el violento y elitista mundo de la política bipartidista de entonces e inscrito su nombre en letras de molde en la lucha por la defensa de la mujer y sus derechos.

Les propongo un ejercicio. Salgan a la calle y pregúntele a una colombiana si sabe quién hizo posible que hoy pueda votar. Si tiene suerte, se encontrará personas que le adjudique el hecho al dictador Rojas Pinilla, pues durante su gobierno de facto se consagró el derecho en el papel; en otras ocasiones, habrá personas que digan que los responsables fueron los arquitectos del Frente Nacional que permitieron el ejercicio del mismo en el plebiscito para consolidar el modelo bipartidista que se extendió hasta 1991. En fin, en la mayoría de respuestas encontrará que la razón para el desarrollo del voto universal es una graciosa concesión de los hombres a las mujeres mas no una lucha sistemática y estratégica conducida por mujeres como Esmeralda.

El mérito de Esmeralda Arboleda y Josefina Valencia ha sido borrado por el paso de los años y cierto sesgo de la historia y el periodismo de relegar a un segundo plano los logros de las mujeres y la importancia de nuestras luchas. Con muy pocas excepciones, el relato de los sucesos

que transforman nuestra vida se parecen mucho a esa foto de agosto del 54: “detrás de un gran hombre, siempre hay una gran mujer”.

Resaltar la lucha de Arboleda, Valencia y las profesionales, obreras, universitarias, independientes y amas de casa que se aglutinaron alrededor de la Unión Femenina de Colombia y consolidaron, tras una década de lucha, el derecho a llamarse a sí mismas ciudadanas es el gran logro y virtud de este libro.

La autora construye un retrato humano y político; en la década de los setenta, Patricia Pinzón se graduó con una tesis titulada ‘El comportamiento político de las mujeres en Colombia’ y desde entonces, se prometió a sí misma que “cuando esté vieja, sin hacer nada” escribiría la historia de Esmeralda Arboleda.

Al saldar esa deuda, Patricia Pinzón también nos redime a los colombianos en general, y a las mujeres en particular, de un despropósito: el olvido en el que ha caído la figura de la primera mujer senadora, la primera mujer embajadora y la primera mujer ministra de Estado. Es por lo menos curioso que el nombre de Esmeralda Arboleda no figure en el imaginario colectivo como un referente de liderazgo constructivo y capacidad de alcanzar objetivos, pese a que su gestión benefició a más de la mitad de la población.

La Pola, quizás otro personaje femenino de honda huella histórica, al menos ha tenido billetes en circulación y novelas en televisión que han mantenido su recuerdo vigente. Un privilegio que comparte con otras figuras populares como Marbelle, la Ronca de Oro, la actriz de la vendedora de rosas, o hasta la pionera del narcotráfico, Griselda Blanco. Todas ellas tienen un perfil público más prominente que alguien que fue fundamental para que yo esté hoy escribiendo este texto y usted -si es mujer- leyéndolo.

¿Pero qué es lo que hace tan particular el testimonio y la vida de Esmeralda Arboleda? En primer lugar su determinación ante las barreras que enfrentó y derribó. A Esmeralda le decían a menudo que no podría estudiar; pese a esta adversidad, ella encontró la forma de hacerse bachiller en el colegio de las Casas, lejos de su natal Palmira. Le repetían que era imposible que una mujer se graduara de derecho, Esmeralda se graduó con honores y completó sus estudios con una tesis destacada en Estados Unidos. De regreso a Colombia abrió un bufete especializado en asuntos de familia y niñez, y ejerció exitosamente.

Esmeralda Arboleda es una pionera en un ámbito, en el que por mi propia experiencia, a nadie le regalan nada. La vida pública es más exigente con las mujeres que con los hombres. En los 50 o ahora a las mujeres políticas nos exigen más que a ellos. Hay un morbo innato en los medios por nuestra vida privada, se expone nuestra vanidad, indagan cómo hacemos para no descuidar el hogar y tener una carrera política, nos preguntan por políticas específicas para nuestro género. Ningún hombre es sometido a un escrutinio de ese tipo.

La batalla por los derechos de las mujeres ha sido larga y ese paso decisivo que encabezó esta dirigente liberal aún no ha logrado del todo su cometido.

Hoy somos el 52% de la población y el 51% de los electores¹. Más de la mitad de los votos que se depositan en Colombia en cualquier elección son de mujeres. Sin embargo, no existe ninguna proporción entre esa representación en la población y el electorado. En todas las corporaciones públicas -desde concejos municipales hasta el Senado de la República- el promedio de representación política de la mujer es del 16%. Ponemos la mitad

de la población, la mitad de los votos, pero solamente tenemos el 16% de los puestos de representación efectiva. En las alcaldías y concejos, la representación es menor, no llega al 10%.

En las presidenciales el panorama es muy similar. La mayor votación presidencial por una mujer ocurrió en 1998 cuando Noemí Sanín logró tener el 27%. Increíble: estuvo a punto de pasar a la segunda vuelta en esa pelea entre Pastrana y Serpa². Después de eso, ha venido bajando aunque haya una, dos o tres candidatas. En la pasada elección Martha Lucía Ramírez del Partido Conservador fue tercera y Clara López del Polo Democrático, cuarta. Aún así no hemos tenido una mujer presidenta, que podría ser claramente una opción.

Y cuando uno plantea esa disparidad nos ven como un bicho raro. “¿De qué está hablando? Las mujeres están, participan, existen y tienen sus derechos reconocidos. Pueden votar, pueden elegirse: ¿cuál es el problema?” El problema es que si dejáramos las cosas como están, si no fuéramos proactivos en tener una política de equidad de género, de empoderamiento de la mujer, de reconocimiento efectivo de sus derechos, como la que entonces encabezaron esas mujeres sufragistas, tendríamos que esperar más de un siglo para lograr una representación proporcional.

En honor a ese legado las mujeres de hoy estamos obligadas a ser proactivas, a acelerar el paso y disminuir más rápido las barreras sociales y las barreras institucionales que limitan la representación política de las mujeres.

Soy una convencida de que la igualdad ante la ley y ante el Estado permite y posibilita mayores formas de equidad en la sociedad, en la política y la economía. Creo que las mujeres hemos logrado

1 De acuerdo a ONU Mujeres, 2015.

2 Registraduría Nacional del Estado Civil. Histórico de Resultados Electorales.

derribar casi todas las barreras legales, pero todavía tenemos muchas no formales que actúan en contra de nuestras posibilidades de representación en la sociedad.

¿Qué pensaría Esmeralda si supiese que aún hoy tenemos que trabajar casi la mitad más que los hombres para ganarnos lo mismo³? Y que aún en el siglo XXI tenemos, por lo menos, en promedio, 3 horas o 4 horas laborales no remuneradas en actividades familiares⁴?

Eliminar esas barreras socio económicas: laborales, de horarios, distancias, ingresos, de roles que se nos asignan a las mujeres por tradiciones culturales como el machismo es una deuda pendiente con el legado de Arboleda y las sufragistas.

Aprender a hacer acción política colectiva a su manera es otra gran enseñanza que se puede extraer de la lectura de **Esmeralda Arboleda, la mujer y la política**. Posibilitar cambios de ese calado dentro del sistema, en una época especialmente voluble, es una proeza. Aprovechar esa ventana de oportunidad logrando acuerdos más allá de las reyertas partidistas en plena época de

La Violencia es sumamente aleccionador para los tiempos que corren.

Por eso para mí fue un verdadero suceso encontrarme con una figura como Esmeralda quien, sin ninguna ruptura con el establecimiento, luchó por el voto femenino, ocupó varios y conspicuos cargos en el Partido Liberal y en las administraciones del Frente Nacional y fue importante política en una época en que las mujeres estaban al margen de esa profesión y de casi todo el espectro de la vida pública.

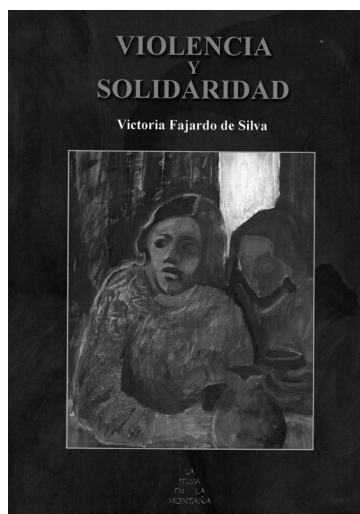
En que hay muchas “esmeraldas arboledas” por todo el país construyendo paz, democracia y ciudadanía se basa mi fe inquebrantable en Colombia. Hemos logrado mucho, no hemos ganado todo, pero vamos a lograr aún más. Así será porque tenemos una sociedad y una ciudadanía beligerante, crítica, movilizadora, que exige sus derechos, que cumple sus deberes, que ejerce su ciudadanía social y políticamente. Por eso, acabar la guerra es el mayor aporte al ejercicio de la ciudadanía de quienes hemos estado más sub representados en la política colombiana, las mujeres, los jóvenes y las minorías. Esa es mi esperanza.

3 La brecha salarial de género en Colombia fue de 21% en 2012 según la Mesa de Género de Colombia usando datos del Ministerio de Trabajo.

4 DANE. Gran Encuesta Integrada de Hogares, promedio 2007-2010. Señala que las mujeres trabajan 32 horas no remuneradas a la semana en comparación con 13 horas trabajadas por los hombres.

Victoria Fajardo de Silva
Violencia y solidaridad,
La Selva en la Montaña Editores. Bogotá, 2001
128 pp.

Sonia Cárdenas Salazar



Cuántas vivencias, cuántos recuerdos llegan a la memoria al leer estos relatos de Victoria Fajardo, escritos de modo coloquial, en cuya dedicatoria encontré varios nombres conocidos desde hace mucho tiempo. Al comenzar me propuse atender su recomendación de “recordar los nombres de esos héroes incógnitos con un pensamiento de amor y gratitud hacia ellos. Que su imagen no se pierda en la noche del olvido”. Y bien merecen esos sentimientos todos los héroes que aquí aparecen.

Estos trece apartados, que no capítulos, nos devuelven a los años 50 a través de la creación de un grupo de seis amigos –La Solidaridad lo llamaron-, idealistas y valientes que no parecían sentir ninguna aprensión ni temor ante los graves peligros que enfrentaban en su labor. Los movía el ímpetu de la juventud y el saber que si

no actuaban de inmediato la vida de sus protegidos corría peligro.

Pasan por estas páginas los barrios y calles de Bogotá en los años 50 y 60, hermosamente descritos, con todo el movimiento de una urbe en pleno desarrollo que pugnaba por salir del provincianismo.

Las vivencias de los protegidos por La Solidaridad, a cual más duras, difíciles y amargas, nos dejan sin embargo el sabor de la esperanza, la ilusión, en la mayoría de los casos. El recapitular sobre la llegada a Bogotá de los desterrados por la violencia de esa época –en particular de Tolima, Boyacá, los pueblos de Cundinamarca-, aparece ante nuestra mirada como si fuese el tráiler de una película que hemos visto repetidamente.

Victoria Fajardo, la autora y miembro del grupo, fue directora durante varios años de la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán, lugar de visita y peregrinación de muchos desplazados de la época, ansiosos de conocer dónde había vivido el caudillo. Esta admirable mujer encontró la oportunidad de cuidar y refugiar allí mismo a numerosas víctimas, especialmente las que venían de Sumapaz, Icononzo, Villa Rica. Y de oír los dramáticos relatos, que aquí encontramos, de Erasmo Valencia, Gerardo González, Rosalba e Ifigenia González, María Esperanza, Matilde, Gilberto, Mercedes, Juan de la Cruz Varela, Filiberto Barrero, entre muchos otros.

Propiciaba, en la Casa Museo o en otros lugares, las reuniones de trabajo que con Cristina de Tapia, inolvidable amiga y protectora del grupo, hacían sus miembros Julita Soto (asesinada); Isabel Rozo, Alfonso Romero Buj (asesinado); Jaime Orejuela Davis, Raúl Alameda Ospina. Contaron también con la presencia activa de Yolanda Ala-

meda y Antonio su esposo, Federico Clarkson, Isabelita Restrepo de Torres, madre de Camilo Torres.

Hechos dolorosos como los asesinatos de los estudiantes en junio de 1954; las luchas de las guerrillas en el Llano; la guerra de Villa Rica y muchos más pasan por estas páginas, contados por sus protagonistas y víctimas. El 10 de mayo y el entusiasmo por la caída de Rojas Pinilla le permite recordar a Victoria los nombres de los abogados defensores de los presos políticos, entre ellos Carlos Lozano y Lozano, Manuel Manotas, Hernando Garavito Muñoz, Polidoro Pinto, Eduardo Umaña Luna, Carlos Castañeda, Francisco Zuleta, Álvaro Vásquez del Real, Ernesto Rosado, Raúl Vásquez Vélez.

Los encuentros clandestinos en un recodo del Parque Nacional para organizar las visitas a la Cárcel del Buen Pastor son un relato memorable y desconocido. Y Victoria menciona tantos

héroes que en silencio y generosamente les ayudaron, como el médico Horacio Parra y su esposa Leonor Soto; Lucila Rubio de Laverde y su hermana Aurita; los llamados teósofos; los masones de Barranquilla; los Adventistas de la calle 1a.; los curas españoles de Santa Teresita; Ramón Martínez y Polita Peláez, con su familia; Lilia Castellanos de Sánchez, Luis Perdomo; Juan Salgado, Victoria Bermúdez; Guillermo de Vengoechea.

Tantas criaturas a quienes rescataron y protegieron, ¿dónde andarán ahora? ¿Vivirán ellos y sus familias para conocer y gozar de la época de paz que se vislumbra y ansiamos con tanta esperanza?

Al terminar la lectura, un inmenso agradecimiento para Victoria, por permitirnos repasar esa parte tan importante de nuestra historia reciente. Seguramente quienes lean este pequeño pero entrañable volumen tendrán la misma sensación.